

# Cartografía discursiva de la noción de ciudadanía

## Una intempestiva y breve reflexión

■ Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez\*

*Si hay una vocación igualitaria en la filosofía, no es la de comunicar el mayor número de fórmulas de un arte de vivir, es la de reconfigurar el terreno de lo pensable, con el fin de manifestar tanto la potencia del pensamiento como la potencia de todos.*

Jacques Rancière<sup>1</sup>

Sometido a las más diversas variaciones, la noción de ciudadanía ha terminado por convertirse a fuerza de discursos de toda índole en otro de los muchos conceptos sobresaturados de sentidos y significados: «ciudadanía compleja», «ciudadanía multi o intercultural», «ciudadanía global», «ciudadanía cosmopolita», son sólo algunos de los sentidos con los que circula en los diversos contextos discursivos contemporáneos, algunas de las veces como producto del rápido consumo en el mercado cultural de las ideas.

## Para la gran mayoría de las personas el ejercicio de la ciudadanía se restringe a la emisión del voto

Genealógicamente, el concepto tuvo mejor suerte durante los siglos XIX y XX cuando acompañó los discursos y las prácticas de una buena parte del amplio repertorio de movimientos políticos de emancipación. Fue lo que aconteció con las primeras luchas feministas por el voto, con los movimientos antirracistas, étnicos y con todos aquellos movimientos sociales que pugnaban por el reconocimiento jurídico y práctico de libertades y derechos que en el marco de los Estados nacionales se les habían postergado o negado a ciertos colectivos sociales.

El pleno disfrute de derechos que incluía la ciudadanía en este caso, como dijo Hannah Arendt, fue una conquista social antes que una concesión del Estado; conquistas sociales que implicaron en su momento una «implosión» o una reorganización del ordenamiento político burgués vigente en aquellos tiempos.

Sin embargo, con el paso del tiempo el panorama actual ha tomado un rostro completamente diferente. En la práctica, el ejercicio de la ciudadanía ha terminado por referir una cierta relación objetiva y abstracta entre un individuo y un Estado, de modo que el ejercicio político que implica ha quedado limitado a ser una participación formal —caricaturísticamente reflejada en la emisión del voto—, dentro del marco establecido por la democracia liberal capitalista. La ciudadanía restringida a este ámbito democrático, así como el estatuto que adquieren o deberían adquirir los gobernados cuando colaboran en la red pública, participa únicamente mediante las elecciones que vivimos como una especie de disolución simbólica del edificio social, en tanto tomamos parte

como ciudadanos abstractos y atomizados, y cuyo resultado depende de un mecanismo puramente cuantitativo de contabilización en el que desaparece toda red jerárquica de relaciones sociales.

Por supuesto, actualmente la práctica política no se restringe a su caricatura, a la relación de un individuo con su Estado a través del voto cada cierto lapso de tiempo. Si hay algo que se puede oponer al triste declive de lo político en nuestras sociedades es la abigarrada y diversa multitud de prácticas políticas (locales, nacionales, internacionales, barriales) que por diversas causas (derechos humanos, ecología y consumo alternativo, antihomofobia, antiglobalización, equidad de géneros, objeción de conciencia, etc.) han emergido recientemente ampliando el alcance de la noción de ciudadanía más allá de la relación con el Estado hasta incluir todas aquellas acciones que inciden o transforman la realidad social, aun por fuera de aquél. Sin embargo y a pesar de esto, para la gran mayoría de las personas el ejercicio de la ciudadanía se restringe a la emisión del voto.<sup>2</sup>

Aunque en el nivel discursivo la noción ha experimentado una verdadera «implosión» de sentidos y orientaciones, las más serias de estas nuevas perspectivas teóricas no han encontrado cauce pleno en la practicidad de la vida política y social actual, principalmente porque suponen un rebasamiento del ejercicio político que permite la democracia formal representativa y el marco jurídico, político e institucional del Estado-nación.

Tomemos la noción «ciudadanía global» como ejemplo, en referencia a la «política de la multiplicidad» tal como la plantean Antonio Negri y Michael Hardt en *Imperio* y *Multitud*, en relación con el problema de las migraciones masivas. Problema

\*Profesor del Centro  
Ignaciano de Formación  
Humanística, UIA León  
nattahiher@yahoo.com.mx

<sup>1</sup> Citado en Miguel Abensour  
et al., (2005).

<sup>2</sup> Vicisitud de la ciudadanía y  
de la práctica política que sin  
duda guarda relación con las  
formas contemporáneas de  
control social que se emplean  
sobre las personas.

mayúsculo que en realidad se trata de un éxodo forzado por la implementación de las medidas neoliberales en los países tercermundistas que ha agravado la pobreza, y por la reconfiguración de la producción capitalista que ha demandado el aumento de la movilidad de la fuerza laboral, al grado que la producción en los países dominantes es completamente dependiente del influjo de trabajadores desde las regiones subordinadas.

Partiendo del pensamiento de Gilles Deleuze y Félix Guattari, quienes emplean el término «ciudadanía global» para referirse a la política del acontecimiento que frente a un capitalismo mundial integrado se vislumbra como la única acción política, con la opción de impedir el cierre totalitario del capitalismo y abrir a la vez posibilidades que rompan la lógica del horizonte de lo dado con su fuerza creativa. Como acontecimiento político, las jornadas de protesta de Seattle y Washington, por ejemplo, han creado un nuevo campo de lo posible (no existía antes del acontecimiento, llegó con él), que produjo una mutación en la subjetividad (ya no se soporta lo que antes se soportaba) e hizo emerger nuevas opciones de vida (nuevas relaciones con la economía y con la política-mundo, una manera diferente de vivir el tiempo, el cuerpo, el trabajo, la comunicación, nuevas maneras de estar juntos, etc.), como un proceso de experimentación y creación. La consigna «otro mundo es posible» que arengó la multiplicidad de singularidades individuales y colectivas (organizaciones marxistas, ecologistas, sindicatos, trotskistas, mediactivistas, feministas, *black bloc*, etc.) es sintomática a este respecto. Lo que implica es el desbordamiento que la práctica política de los «movimientos altermundistas» hace de los causes institucionales tradicionales de la política



Rubí Hurtado / Pili's time

institucionalizada, en tanto que de lo que se trata es de re-politizar las leyes del mercado capitalista que en las últimas décadas han llegado a considerarse cuasi leyes naturales como parte del movimiento despolitizador que caracteriza la actual configuración capitalista contemporánea.<sup>3</sup> En este orden de ideas, la demanda de una «ciudadanía global» en relación con las migraciones masivas forzadas implicaría en principio la reforma de la condición y estatus jurídico de las poblaciones inmigrantes. Si la internacionalización de los circuitos de la producción capitalista ha demandado la movilidad a gran escala de la fuerza de trabajo, la demanda política que implica la noción de «ciudadanía global» sería reconocer jurídicamente la fuerza laboral y su plena ciudadanía. Ahora bien, si en la actual coyuntura los gobiernos de los países de acogida de trabajadores migrantes parecen movidos por lógicas que definitivamente no son las de otorgamiento de derechos jurídicos y

<sup>3</sup> Movimiento ideológico que hizo que algunas cuestiones que antaño se consideraban políticas, esto es, conflictivas y agonísticas, sean ahora identificadas como mera gestión técnica de las cosas.

políticos, sino todo lo contrario, por las de la represión y criminalización, ¿qué es lo que queda por hacer? De nueva cuenta el hilo de la reflexión arendtiana se impone: la obtención de la «ciudadanía global» pasa ineludiblemente por la lucha y movilización social que pueda emprender la multitud en este caso, tal como el goce y disfrute de la llamada «primera generación de derechos» fue un logro social. Frente a la desterritorialización de la fuerza de trabajo que provoca el capital, la lucha social tendría que implicar la posibilidad para la multitud de reapropiarse del control del espacio y de la autonomía de sus propios movimientos, resistir las restricciones a la movilidad impuestas por los gobiernos, crear espacios de resistencia, convivencia y contestación, y sobre todo organizarse para constituirse en sujetos activos y libres.

Queda claro entonces que la lucha por la «ciudadanía global», tal como la plantean Negri y Hardt, no se limita a ser una lucha por el reconocimiento —por parte de los países donde viven y trabajan— de las diferencias culturales, étnicas, etc.,

que pudieran poseer los flujos humanos excluidos internamente tanto política, social y culturalmente (el famoso problema del reconocimiento de la diferencia), cuanto de una reivindicación emancipatoria frente a las lógicas laborales del gran capital mundial y sus acoplamientos espacio-temporales.

Es así como las más serias de las nuevas orientaciones del concepto de ciudadanía desbordan el ejercicio político-formal que implica la noción en su acepción burguesa y el ordenamiento político representacional, domesticado y regulado, de la democracia liberal capitalista.

De «teatro de sombras», según la perspectiva marxista tradicional, a dispositivo simulacional con fines de disuasión o esfera masivamente des-investida libidinalmente, según el posmodernismo filosófico, la política institucionalizada democrático-liberal no parece, pues, poder hacerse cargo del carácter dinámico y potencial transformador del concepto de ciudadanía, como no sea en el estatus de un objeto de discurso petrificado y domesticado en boca de los representantes y gobernantes en turno. ■

#### REFERENCIAS

Absensour, Miguel; Alejandra González y Marcela Díaz (2005) *Voces de la filosofía francesa contemporánea*. Argentina: Colihue.

Arendt, Hannah (1995) *Qué es la política*. Madrid: Gedisa.

Deleuze, Gilles y Felix Guattari (1988) *Mil mesetas*. Trad. por José Vázquez Pérez y Umbelena Larraceleta. Valencia: Pre-textos.

Hardt, Michael y Antonio Negri (2005) *Imperio*. Barcelona: Paidós.

— (2006) *Multitud*. Barcelona: De Bolsillo.